



HISTORIA Y EPOPEYA EN EL POEMA DE <sup>CENTRO DE LINGUISTICA</sup>  
ERMOLDO EL NEGRO A LA CONQUISTA <sup>HISPANICA</sup>  
DE BARCELONA

En los últimos cien años los estudiosos de los orígenes de la épica románica han puesto sus ojos repetidamente sobre un poema latino de la primera mitad del siglo ix, el *In honorem Hludowici* de Ermoldo el Negro. En el libro primero de esta obra se canta por primera vez en la poesía occidental la lucha entre moros y cristianos; y la ocasión se la brindó al poeta el asedio de Barcelona.

Tratar de establecer con exactitud qué fue lo que realmente sucedió en la primavera del 801, cuando las tropas de Ludovico Pío conquistaron para la cristiandad y el imperio la ilustre ciudad de Barcelona, es problema no sólo arduo, sino acaso hasta imposible de resolver. Si quisiéramos usar un criterio moderno para enjuiciar el valor histórico de las fuentes contemporáneas, deberíamos concluir que sólo el hecho de la conquista fue histórico, pues sólo en eso coinciden.

Queda, pues, casi enteramente al arbitrio del estudioso el cortar, pulir y encajar las diversas piezas del mosaico, tanto si desea recomponer la imagen histórica de los hechos, como si desea hacer resaltar la visión legendaria de los mismos. Historia y leyenda están tan íntimamente entrelazadas —y la razón es bien obvia: nacieron hermanas gemelas—, que según se combinen los diversos retazos resultará la imagen histórica o la legendaria del hecho.

En el presente estudio, nos proponemos examinar las principales fuentes que relatan el episodio, tratando de seccionar, en la medida de lo posible, los elementos históricos de los legendarios; pero sobre todo intentaremos estudiar con mayor detalle un tercer grupo de elementos que llamaré histórico-legendarios. La razón de ser de esta última categoría en un ensayo de carácter literario como éste, no necesita aclaración, puesto que es bien sabido que la poesía

épica nace en ese mundo nebuloso de la leyenda histórica. En particular centramos nuestra atención sobre la única figura histórica del cerco, que más tarde, por desconocidas razones, será cantada incesantemente por los juglares; se trata del conde Guillermo de Tolosa.

### I. *Las fuentes cronísticas*

Las fuentes cronísticas y poéticas más importantes que nos relatan el episodio de la conquista de Barcelona son la *Vita Hludowici* de cierto anónimo, conocido con el nombre de Astrónomo Lemosín; los *Annales* reales anónimos refundidos hasta el 829, tradicionalmente atribuidos a Einhard; la *Crónica de Moissac*; y el poema elegíaco de Ermoldo el Negro *In honorem Hludowici*.<sup>1</sup> La *Vita Hludowici* de Thegan desconoce la conquista de Barcelona.

Entre las fuentes prosísticas, la que nos cuenta con mayor detalle las incidencias de la campaña de Barcelona es la *Vita Hludowici* del mencionado Astrónomo; y es precisamente a ésta a la que limitaré aquí mi examen; primero, por razón de brevedad; y segundo, por contener prácticamente la síntesis de todas las demás fuentes, salvo ligeras variantes, que haré notar cuando sea oportuno.

En la obra del Astrónomo el relato de la conquista en general, y la participación del conde Guillermo de Tolosa, está contenido todavía en el marco de la historia. El cronista nos presenta por primera vez a Guillermo en acción contra los vascos al tratar de la rebelión de su caudillo, Adalarico, hijo de Lupo Sancho, a quien Carlomagno había

<sup>1</sup> Para todos estos textos hemos usado las siguientes ediciones: ASTRÓNOMO, *Vita Hludowici*, ed. G. H. Pertz, *Monumenta Germaniae Historica* (M.G.H.), *Scriptores*, II (1829), pp. 607-648; *Annales*, ed. G. H. Pertz, M.G.H., *Scriptores*, I (1826), pp. 134-218; *Crónica de Moissac* (*Chronicon Moissiacense*, hasta el 818), ed. G. H. Pertz, M.G.H., *Scriptores*, I (1826), pp. 282-313; ERMOLDO EL NEGRO, *In honorem Hludowici Christianissimi Caesaris Augusti Ermoldi Nigelli exulis elegiacum carmen*, ed. E. Faral, *Ermold le Noire, Poème sur Louis le Pieux et épîtres au roi Pépin*, Les Classiques de l'Histoire de France au Moyen Age, Paris, 1932.

hecho ejecutar por haber dirigido el ataque contra sus tropas en el desfiladero de Roncesvalles. El emperador Ludovico Pío, con la ayuda de Guillermo, doma la rebelión desterrando a Adalarico y deponiendo a su cómplice Corso del condado de Tolosa y nombrando en su lugar a Guillermo. Los vascos, al verse privados de su jefe, se levantan furiosos, pero Guillermo los subyuga tanto con la espada como con hábiles negociados (c. V). Todo esto sucedía entre el 789 y el 790.<sup>2</sup> En el año 798, después de recibir a los emisarios de Alfonso de Galicia y de Balahuc, caudillo sarraceno que gobernaba las partes montañosas próximas a Aquitania, Ludovico mandó que se fortificasen todas las fronteras confinantes con esta región; al mismo tiempo, reconstruyó y repobló las ciudades de Vich, Cardona y Casserres, en otro tiempo despobladas, y las puso bajo la tutela del conde Borrell.<sup>3</sup>

En el año 800 el emperador Ludovico Pío fue de nuevo a Tolosa, y desde allí se dirigió a Barcelona, con la esperanza de que Zado, jefe moro de la villa, que ya le había anteriormente rendido homenaje, le entregase la ciudad. Zado le salió al encuentro, pero se negó a abrirle las puertas de Barcelona. El emperador pasó adelante con sus tropas y llegó hasta Lérida; la conquistó, saqueó y entregó a las llamas, no sólo a la ciudad, sino a todos los términos comarcanos, dirigiéndose después a Huesca, que igualmente destruyó junto con sus alrededores, quemando las mieses y haciendo un gran destrozo en las cosechas. El invierno se le

<sup>2</sup> El Astrónomo parece desconocer la derrota del Orbieu (793), cuando los sarracenos invadieron la Septimania, destruyeron la ciudad de Narbona y llegaron hasta Carcasona. Fue en esta ocasión cuando derrotaron al conde de Tolosa Guillermo, regresando a España con un rico botín, como nos dicen los *Annales* y la *Crónica de Moissac*.

<sup>3</sup> Cf. ASTRÓNOMO, c. V y X. El texto del cronista es claro y preciso al indicar que el emperador Ludovico puso bajo la custodia del conde Borrell las ciudades de Vich, Cardona y el castillo de Casserres (¿Serra?), en la desembocadura del Ter, junto a Roda (vide P. DE MARCA, *Marca Hispánica, sive limes hispanicus*, Parisiis, 1686; reimpresión fotostática, Barcelona, 1972, p. 282). Otros textos dan a entender que estas ciudades eran gobernadas por Balahuc (cf. FARAL, *op. cit.*, p. 12 nota).

echó encima, por lo cual, no pudiendo volver sobre Barcelona, regresó a Francia (c. X).

El Astrónomo nos dice que al verano siguiente, o sea el del año 801, Zado, soliviantado por un falso amigo, se atrevió a llegar hasta Narvona. Fue capturado y llevado ante Ludovico y después ante su padre Carlomagno.<sup>4</sup> Pasado algún tiempo —prosigue el anónimo cronista—, parecióles a Ludovico y a sus consejeros que había llegado el momento oportuno de lanzar la campaña contra Barcelona,<sup>5</sup> por lo que, dividiendo el ejército en tres partes, una la retuvo consigo en el Rosellón; la segunda, al mando de Rutstagno, conde Gerona, la envió a asediar la ciudad; y la tercera ordenó que se emplazase más allá de Barcelona, para que los que asediaban la ciudad no fuesen cogidos por sorpresa.<sup>6</sup>

Los asediados, por su parte, enviaron una legación a Córdoba para pedir ayuda. El rey de los sarracenos inmediatamente mandó un ejército para socorrerlos. Cuando los enviados de Barcelona regresaban, al llegar a Zaragoza, su-

<sup>4</sup> Esta noticia parecería estar fuera de lugar, o por lo menos está en contradicción con lo que narran Ermoldo y las demás fuentes. Zado, según éstas, era caudillo de Barcelona al momento de ser tomada, mientras que —como veremos— según el Astrónomo, el jefe de la ciudad y lugarteniente de Zado habría sido un pariente suyo llamado Hamur. Como sugerimos más adelante, tal vez el más exacto en este detalle sea el Astrónomo, pues su relato parece haber sido sacado de un testigo ocular.

<sup>5</sup> Las palabras del anónimo cronista "*visum est regi et consiliariis eius, ut ad Barcinnonam oppugnandam ire deberent*" (c. XIII) pudieran dar a entender que la decisión fue tomada en el curso de una asamblea semejante a la que describe Ermoldo (vide más adelante). La *Crónica de Moissac*, por el contrario, sostiene que la expedición de Barcelona fue ordenada por Carlomagno; y añade que ésta tuvo lugar en el 803: "... misit Karolus imperator Ludovicum filium suum, regem Aquitaniae, ad obsidendam et capiendam civitatem Barchinonam" (p. 307).

<sup>6</sup> La *Crónica de Moissac* no dice si eran uno o tres los ejércitos, pero da noticia de la procedencia de los participantes: aquitanos, gascones, bordelenses, provenzales y godos; coincide, sin embargo, con el relato del Astrónomo al sostener que el emperador no llegó a Barcelona hasta poco antes de la caída de la ciudad. (Cf. el texto citado en la nota 9).

pieron que un ejército enemigo les saldría al encuentro, cortándoles el camino a la ciudad asediada. El jefe de este ejército de choque, dice el Astrónomo, era Guillermo y el portaestandarte Ademaro; ambos capitaneaban un puñado de hombres escogidos y valerosos. Al enterarse de la noticia, los enviados se dirigieron a Arturas, donde sufrieron aún mayor derrota.<sup>7</sup>

Los francos de Guillermo, al enterarse de la suerte ocurrida a los enviados, regresaron a Barcelona para reunirse con sus compañeros, apretando todavía más el cerco, de tal manera que no permitían salir ni entrar a ninguno de los sitiados. Éstos, desesperados por el hambre, se vieron forzados a cocer la sobada piel de sus escudos y a comerse-la.<sup>8</sup> Algunos de ellos, prefiriendo la muerte a aquella existencia desgraciada, se arrojaban de las murallas. No faltaron, sin embargo, algunos entre los sitiados que abrigaban la vana esperanza de que los francos, al llegar el frío del invierno, se verían forzados a levantar el cerco. Pero muy pronto perdieron esta última esperanza, al ver cómo los sitiadores acarreaban materiales y empezaban a construir casas como quien tiene intenciones de pasar allí el invierno. Al ver la determinación del enemigo, los de la ciudad perdieron toda esperanza y, llevados de la desesperación, decidieron entregar a su jefe, llamado Hamur, que era

<sup>7</sup> "Quod illi audientes, in Hasturas (variantes: *hastures*, *astures* y *asturas*) sese verterunt, clademque illis improvise importaverunt, sed multo graviorem reportaverunt" (c. XIII). No sé dónde se halle esta localidad. Martín de Riquer traduce el pasaje libremente, diciendo que se dirigieron "hacia el Occidente de España" (*Les chansons de geste françaises*, Paris, 1957, p. 131); y el editor del Astrónomo entiende que se trata de Asturias (p. 612, nota 30), cosa que me parece poco probable. La versión de estos hechos, según Ermoldo, es completamente distinta: el que fue a pedir auxilio habría sido el mismo Zado, y no llegó muy lejos, puesto que fue capturado por los centinelas francos en los alrededores de Barcelona (véase más adelante). Arturas, por lo tanto, debe ser alguna localidad en las proximidades de Barcelona, contra Zaragoza (¿Artesa?).

<sup>8</sup> De este hambre habla también Ermoldo (v. 465) y la *Crónica de Moissac* cuando dice: "Cumque panes defecissent in civitate" (p. 307).

pariente y lugarteniente de Zado. Los habitantes, una vez obtenida la garantía de poder abandonar la ciudad incólumes, la entregaron.

Los francos, por su parte, conociendo el mísero estado de los sitiados y en previsión de la rendición inminente, mandaron emisarios al rey, que estaba en el Rosellón, para que se pudiese en marcha y se preparase a tomar posesión de tan ilustre ciudad, cuya caída propagaría su nombre. El rey asintió y, poniéndose a la cabeza de su ejército, fue a reunirse con los demás ante la ciudad asediada. La lucha y la espera se prolongó todavía otras seis semanas, al final de las cuales la ciudad se rindió.<sup>9</sup> Una vez abierta y entregada la noble ciudad, el rey la puso durante el primer día bajo la vigilancia de sus centinelas, absteniéndose él de entrar en la villa hasta que dispusiese cómo la tan deseada victoria fuese celebrada, con la debida acción de gracias a Dios. Así, al día siguiente, precedido del ejército, sacerdotes y clero, se allegó hasta la puerta de la ciudad con gran pompa de himnos y cantos, procediendo después hasta la iglesia de la santa y victoriosísima Cruz, para dar gracias a Dios por el gran triunfo que le había concedido.<sup>10</sup> Después nombró al conde Bero para que, con la ayuda de los godos, se encargase del gobierno de la ciudad, regresan-

<sup>9</sup> La *Crónica de Moissac*, aunque con menos detalles, coincide esencialmente con el Astrónomo: "... congregato exercitu ex Aquitania, Wasconia, necnon Burgundia, Provincia et Gothia, misit eos ante se ad obsidionem civitatis. Qui abeuntes, circumdedit exercitus civitatem; et obsederunt mensibus septem, capieruntque regem civitatis illius nomine Sathon. Cumque panes defecissent in civitate, et iam capienda esset civitas, miserunt ad Ludovicum regem, ut veniret Barchinonam, quia iam capienda erat civitas, ut cum capta fuisset, nomini eius adscriberetur victoria" (p. 307).

<sup>10</sup> El texto parece indicar claramente que, cuando el emperador Ludovico Pío tomó posesión de Barcelona, existía ya allí una iglesia dedicada a la Santa Cruz. Y así lo interpretó Pedro de Marca en su obra *Marca Hispánica*, L. III, c. 16; pero no han faltado autores que negaran la existencia de tal iglesia y atribuyeran su fundación al rey franco (cf. PAGI, al año 801, n. 11). La *Crónica de Moissac* y los *Annales* no mencionan para nada la iglesia de la Santa Cruz; el primer texto dice simplemente: "Venit autem praefatus rex Ludovicus ad civitatem, et tradita est civitas in manu eius ..." (p. 307).

do él a su patria, a pasar el invierno.<sup>11</sup> Mientras tanto, su padre Carlomagno, habiéndose enterado de las dificultades del asedio, pidió a su hijo Carlos que fuese en ayuda de Ludovico; pero he aquí que cuando aquél se hallaba todavía en Lión, camino de Barcelona, le alcanzó un emisario de su hermano Ludovico, que llevaba la noticia al viejo padre de que la ciudad se había rendido.<sup>12</sup>

Ésta es la relación más completa y detallada que las crónicas carolingias ofrecen de la conquista de Barcelona. Su autor no fue testigo ocular, sino que —como él mismo dice en el prólogo— recogió las noticias de cierto monje llamado Ademaro: “Sed haec —dice hablando de los defectos que algunos recriminaban a su biografiado—, utrum vera necne sint, perlegens quisque scire poterit. Porro quae scripsi, usque ad tempora imperii *Adhemari nobilissimi et devotissimi monachi relatione addidici, qui ei coevus et connutritus est*; posteriora autem, quia ego rebus interfui palatinis, quae vidi et comperire potui, stilo contradidi” (p. 607).

Es difícil precisar quién sea este Ademaro, nobilísimo y devotísimo monje, coetáneo y colega de Ludovico Pío; pero, como sostiene Pertz, no deberá excluirse la posibilidad de identificarle con Einhard, el cual dice de sí mismo, en el prólogo a la *Vita Caroli*, que había crecido y había sido educado entre los hijos de Carlomagno, detalle que sin duda coincide con las citadas palabras del Astrónomo.

<sup>11</sup> También en Ermoldo el encargado fue Bero. Las demás fuentes no son tan detalladas; la *Crónica de Moissac* dice: “...constituitque illic custodia et armamenta” (p. 307).

<sup>12</sup> Los detalles finales de la entrega de la ciudad, como veremos, coinciden con los de Ermoldo, si bien un autor deberá completarse con el otro. Ermoldo no es tan específico en lo que se refiere a la purificación de la ciudad y al ingreso del rey, pero es más detallado en decirnos que los francos capturaron un gran botín, parte del cual enviaron al viejo Carlos, y que el portador del botín y de la noticia de la rendición era Bigón (cf. *infra*). Los *Annales* (p. 190) y la *Crónica* (p. 307), al igual que Ermoldo, hablan también del envío de Zado como parte del botín; según el Astrónomo, como vimos, el jefe moro había sido hecho prisionero ya antes del cerco y, por tanto, el rehén habría sido Hamur, cuñado de Zado.

Si así fuera, el relato de nuestro cronista sería ya de segunda mano, por lo menos, pues tampoco Einhard asistió al asedio.

En contra de la identificación del monje Ademaro con Einhard está el detalle de la captura del jefe moro de la ciudad, que en los *Annales* es Zado y en el Astrónomo es Hamur; noticia esta en que el cronista discrepa, y acaso con razón, de todas las demás fuentes. Por lo cual, soy del parecer de que el Ademaro informador del Astrónomo no puede identificarse con Einhard. Antes bien, me inclino a creer que este Ademaro pudiera ser el conde Ademar de Narbona, que combatió junto a Guillermo precisamente en el asedio de Barcelona y que en los años 809 y 810 tomó parte en las campañas contra Tortosa. De este Ademar y sus hombres dice el Astrónomo, al relatar la campaña del 809: "...memorati viri tandiu superiores Hiberi partes, noctibus euntes et diebus silvarum lustra sectantes, obambulaverunt, usque Cingam" (p. 613); y al describirnos la del 810, vuelve sobre el mismo tema: "Hademarus scilicet, Bera et reliqui ... coelo pro tecto utentes, foco, ne fumo deprehenderentur, renuntiantes, silvis se die occultantes, nocte quantum posse dabatur iter agentes" (p. 614). Es decir que Ademar conducía sistemáticamente una guerra de *harcèlement*, teniendo el cielo por techo, escondiéndose de día en los bosques y dedicando la noche para sus marchas forzadas; características que los estudiosos de la épica francesa han hallado en Aimer de Narbona, protagonista de la homónima *chanson*.<sup>18</sup>

No sabemos si el Ademar histórico acabó sus días en un monasterio; pero el hecho de que el Astrónomo nos lo presente como monje de índole "nobilísima" parece indicar claramente que antes había sido noble caballero, como lo fue el heroico conde de Narbona, el cual, tal vez más tarde, como el mismo Guillermo, se retiraría a uno de los innumerables monasterios que fundó el rey Ludovico Pío.

<sup>18</sup> Cf. J. FRAPPIER, *Les chansons de geste du cycle de Guillaume d'Orange*. I: *La Chanson de Guillaume, Aliscans, La Chevalerie Vivien*, Paris, 1955, p. 104.



Hay otro indicio muy digno de tenerse en cuenta. El Astrónomo, al relatar tanto las mencionadas campañas de Tortosa como la de Barcelona, se muestra sorprendentemente detallado y llega hasta referirnos las palabras de un guía moro cuando la comitiva estaba para pasar el Ebro (c. XV), caso único en toda su obra. Pues bien, en todas estas expediciones tomó parte activa Ademar, el cual, siendo testigo ocular de los hechos, pudo más tarde servir de fuente a nuestro anónimo lemosín. El relato, pues, de la conquista de Barcelona, obtenido directamente de uno de los participantes, el conde Aimer de Narbona, se convierte así en una fuente de primera mano, digna de la más alta estima por parte del historiador.

## II. *Ermoldo y su relato del asedio*

Todavía más minuciosa que la del Astrónomo lemosín es la relación que del cerco y conquista de Barcelona hizo Ermoldo el Negro en el libro primero de su célebre elegía *In honorem Hludowici*, terminada después del año 826.<sup>14</sup> No es mi intención descender aquí al detalle minuto de las descripciones de la famosa campaña, sino únicamente exponer el núcleo central del relato, poniendo de relieve las peculiaridades del texto.

Después de un breve prólogo retórico, el autor insinúa en cuatro versos (91-95) las victorias reportadas por el emperador Ludovico sobre los "rabiosos vascos" y otros caudillos moros-catalanes antes de lanzar la campaña de Barcelona.<sup>15</sup> Ermoldo nos dice que lo que está para narrar son tan sólo los acontecimientos más recientes que han podido llegar a sus torpes oídos (vv. 96-101).<sup>16</sup> Al llegar

<sup>14</sup> La obra fue compuesta entre el 826 (cf. vv. 2530 ss.) y el mes de febrero del 828 (cf. vv. 2010, 2176 y 2305).

<sup>15</sup> Sin duda alude a los mismos hechos que el Astrónomo, de que hablábamos más arriba.

<sup>16</sup> El poeta, en sus versos iniciales, presenta la ciudad como adornada de las más nobles virtudes romanas ("Romanoque fuit more polita nimis", v. 105); pero al mismo tiempo, sin duda con miras

la primavera —aquella estación, dice Ermoldo, en que los reyes se dirigen a sus fronteras para defenderlas—, el hijo del gran Carlos reúne, según es costumbre antiquísima, la asamblea de los grandes del reino para pedirles su parecer. El rey toma la palabra y dice: “Señores magnánimos ... llegada es la época del año en que las naciones se lanzan unas contra otras con las armas en la mano. Vosotros conocéis la situación de mi reino, yo no la conozco; dadme vuestro parecer. ¿Hacia dónde tenemos que marchar?”. Se levanta Lupo Sancho, el que reinaba sobre sus compatriotas los vascos y era consejero de Carlomagno, por ser superior a todos los suyos en ciencia y religión, y dice: “Rey, a ti te toca mandar y a nosotros obedecer; la decisión puede tan sólo salir de tus labios. Empero, si he de expresar mi parecer sobre la situación presente, diré que, por mi parte, habrá paz y tranquilidad”. Guillermo, duque de Tolosa, toma la palabra a continuación y, después de hacer una inclinación y besar los pies al rey, dice: “Luz de los francos, rey venerable ... dignate escuchar mis consejos y acogerlos benigno. Hay un pueblo feroz, que tiene por sobrenombre Sara<sup>17</sup> y en sus dominios hay una ciudad sinies-

a justificar delante del lector, o del oyente, la conquista, dice que la ciudad se había convertido en refugio seguro para los piratas y malhechores de la región, los cuales en sus correrías destrozaban los campos y despojaban de sus propiedades a los francos, refugiándose después con el botín dentro de sus inexpugnables murallas de mármol (“Namque erat insigni murorum pondere fulta / Marmore praeduro structa vetusta nimis”, vv. 115-116). A las razzias de los moros, los francos responden durante la primavera del año 800 con la misma táctica, pero sin lograr disminuir la riqueza y el vigor de la ciudad (vv. 118-139). El Astrónomo, como vimos, también habla de las razzias de los francos en conexión con la campaña de Lérida y Huesca del año 800 (cf. *supra*). Sin duda, ambos autores se refieren a los mismos hechos.

<sup>17</sup> Ermoldo, que ya en los versos 80-85 nos ha dado una muestra de su gusto por las etimologías, vuelve ahora, evidentemente guiado por San Isidoro, para decirnos que este pueblo se llamaba Sara, por ser ése el nombre de su progenitora: “Saraceni dicti, vel quia ex Sarra genitos praedicent, vel sicut gentiles aiunt, quod ex origine Syrorum sint, quasi Syriginae” (*Etimologías*, IX, II, 57). Más adelante nuestro poeta nos dará la de Franco: “Francus habet nomen

tra, causa de todos nuestros males, que le sirve de cobijo. Si con la gracia de Dios consigues apoderarte de ella, tu reino entero gozará de paz y tranquilidad. Vete contra ella y yo seré tu guía" (vv. 172-191). Entonces el rey, sonriente, estrecha a su fiel servidor entre sus brazos y, después de haberse besado mutuamente, le dice con afecto: "Gracias en nombre mío y en nombre de mi padre Carlos. Valeroso duque, tus servicios serán siempre recompensados con otros tantos honores. Lo que tu has dicho hacía ya tiempo que lo abrigaba mi pecho y ahora me gusta oírlo de tus labios. Acepto tu consejo y tus votos tal como los has formulado. Estad seguro, franco, pronto estaré allí. Otra cosa, oh Guillermo, debo decirte, escúchame atentamente: Si Dios me dà salud, como así espero, y me es propicio en mi expedición, oh feroz Barcelona, que cantas con orgullo las victorias reportadas sobre los míos, yo conquistaré tus murallas; juro por nuestras dos cabezas (y diciendo esto apoyó su cabeza sobre el hombro de Guillermo), que o la armada infiel deberá ponerse en pie de guerra contra mí para proteger a los suyos librando abierta batalla, o tú, oh Barcelona, deberás, quieras que no, abrir tus puertas prohibidas y aceptar mi ley" (vv. 192-211). Pronunciadas estas palabras, se levantó un murmullo de aprobación entre los magnates que asistían, mientras iban besando los pies del venerado rey. Éste llama a su predilecto Bigón, cuyos oídos se deleitan al escuchar: "Vete enseguida, Bigón, y anuncia nuestra decisión al pueblo y retén con diligencia mis palabras en tu mente. Cuando Titán, el Sol, entre en la constelación de Virgo, y la Luna, su hermana, emprenda su curso, mi armada al completo y con gran entusiasmo pondrá asedio, armas en la mano, a las murallas de esta ciudad".<sup>18</sup> El sabio Bigón ejecuta con diligencia la voluntad

a feritate sua" (v. 379), sacada también de San Isidoro: "Franci ... alii eos a feritate morum nuncupatos existimant" (*Etim.*, IX, II, 101).

<sup>18</sup> Si este pasaje, donde menudean las salpicaduras de los clásicos, no es un simple adorno poético, sino que hace referencia a una fecha precisa, deberemos concluir que las operaciones y preparativos para el asedio empezaron en el otoño del año 800.

de su señor, yendo y viniendo rápidamente con altos mensajes (vv. 212-223).

Una vez dado el anuncio por Bigón, los francos reúnen un gran ejército, que al mando del mismo emperador se dirige hacia Barcelona. El primero que llegó ante sus murallas fue el mismo rey (v. 306); después llegaron Heripreth, Lihuthard, Bigón, Bero, Sancho, Libulfo, Hilthibert, Hisimbard y otros muchos, que, según el poeta, sería largo enumerar.<sup>19</sup> A la cabeza de todos ellos marchaba Guillermo. Con todos estos capitanes llegó también un gran ejército de francos, vascos, godos y aquitanos (vv. 306-313). Al día siguiente de la llegada, el rey habla a sus capitanes reunidos en gran asamblea: "Si este pueblo, les dijo, honrase a Dios y se bautizase, nosotros deberíamos hacer la paz con él; pero bien sabéis que es un pueblo execrable, que rechaza la fe que venimos a ofrecerle y obedece a los mandamientos del demonio. Dios misericordioso no dejará de someterlo a mi yugo" (vv. 323-333).

Se inician los preparativos para el ataque.<sup>20</sup> Zado, jefe moro de la ciudad, es informado por un subalterno de que el que ataca esta vez no es el godo Bero, sino Ludovico, el hijo del ilustre Carlos. El moro alienta a los suyos, pero al mismo tiempo reconoce públicamente que todo el que se ha batido contra este pueblo ha sucumbido de grado

<sup>19</sup> Todos estos personajes, menos uno, Hilthibert, parecen ser históricos, pues de todos ellos consta el nombre en los documentos y las crónicas carolingias (cf. FARAL, p. 29, nota 3). Sin embargo, no sabemos si realmente participaron en el asedio o si Ermoldo, de cuyas intenciones halagadoras no podemos dudar, les puso en su poema con miras a obtener buenos intercesores que le ayudasen a recobrar la gracia perdida y a regresar a su patria. El Astrónomo, como vimos, menciona dos personajes más que no aparecen en Ermoldo: Rotstagno, conde de Gerona, y Ademaro; y parece extraño que el poeta, que tanto se interesa por las acciones y las palabras de Guillermo, no mencionase a su abanderado, pues eso era Ademaro.

<sup>20</sup> Los francos rodean la ciudad por todas partes. Van a los bosques cercanos y empiezan, los unos, a talar pinos, los otros, a acarrear piedras y demás materiales necesarios para construir las torres o castillos, desde donde lanzarán las flechas y proyectiles que, según el poeta, "hacen temblar las murallas" (vv. 340-347).

o por la fuerza (vv. 356-373).<sup>21</sup> Los francos se lanzan con violencia contra la ciudad. Un moro aparece en lo alto de las murallas y con voz sarcástica les grita: "Gente invencible que domináis el mundo entero ¿qué habéis venido a hacer aquí? Apartaos de nuestra vista. Marchad y dejadnos en paz". Hilthiberth se encargó de responderle sin insultos; tomó su arco, lo tensó y una certera flecha fue a clavarse en la cabeza del moro; su cuerpo se desplomó de lo alto de la muralla y la sangre del moribundo manchó a los guerreros francos. Otros moros fueron cayendo: Guillermo mató a Habirudar; Liuthard, a Uriz; Zabirizún fue traspasado por una lanza, y Uzaco por una espada; un golpe de honda derribó a Colizán, y una flecha, a Gozán. Pero, a pesar de estos progresos en el asedio, los francos no conseguían trabar un verdadero combate, puesto que Zado, el prudente y hábil jefe moro, había prohibido a los suyos que saliesen de las murallas. Así continuaron las cosas por más de veinte días (vv. 388-420). Al cabo de los cuales, el rey, viendo la imposibilidad de una lucha abierta, reúne las tropas y sus caudillos y les dice que la ciudad, si no se rinde en batalla, se rendirá por hambre. Un moro que le estaba escuchando al abrigo de un torreón le contesta: "Franco, qué locura la tuya, tenemos de todo, antes moriréis vosotros de hambre que los habitantes de esta ciudad". Guillermo, con voz indignada, le respondió: "¿Ves este hermoso caballo sobre el que cabalgo? Pues bien, puedes estar seguro de que será la delicia de nuestro paladar; nos lo comeremos en un bárbaro festín, antes de abandonar nuestra empresa". El moro golpea su pecho negro con sus negros puños y rasga su cara negra con sus negras uñas; cae en tierra dando gritos asustado de la ferocidad de los francos, y sus compañeros abandonan las murallas llenos de pavor (vv. 421-451). Zado, furioso, corre de una parte a otra entre sus gentes despavoridas. "¿Adónde vais?", —les pregunta. Un moro le contes-

<sup>21</sup> Las palabras que Ermoldo pone en boca de Zado son un artificio más para demostrar la superioridad franca. El poeta no se preocupa del aspecto psicológico del discurso del moro, el cual, de haber sido histórico, habría tenido el efecto contrario entre sus tropas.

ta: “¿No has oído que están dispuestos a comerse sus caballos antes que levantar el asedio? Si Córdoba no te envía refuerzos, no te queda más remedio que mandar una legación a los francos y pactar la paz”. Zado, preso de rabia, se rasga los vestidos, se tira de sus negros cabellos y llora desconsoladamente. “¡Intrépidos moros —grita— volved a vuestros puestos! Yo atravesaré las líneas del enemigo que nos asedia, e iré a pedir auxilio a Córdoba; pero antes de marchar, quiero recomendaros una cosa: no salgáis de la ciudad para luchar en campo abierto” (vv. 452-483).

El jefe moro aprovechó las sombras y el silencio de la noche para pasar el campo de los francos; pero con tan mala suerte, que su caballo se puso a relinchar. Los centinelas dieron la voz de alarma y, en breve, Zado fue capturado y conducido, lleno de pavor, ante el rey. Al día siguiente, mientras los moros, niños y ancianos, mujeres y hombres, lloran la pérdida de su jefe, y los francos celebran con alegría su captura, el emperador ordena a Guillermo que conduzca al prisionero ante las murallas de la ciudad, para que mande a los suyos que, sin tardanza, abran las puertas. He aquí a Zado ante los macizos muros, quien, levantando su mano derecha y extendiéndola, grita: “Abrid las puertas que tan valerosamente habéis defendido”. Pero, mientras pronunciaba estas palabras, cerraba al mismo tiempo los dedos de la mano para indicar que continuasen la resistencia. Guillermo, dándose cuenta de la astuta estratagemata del moro, le dice: “Zado, puedes estar seguro de que, si no fuese por respeto al rey, éste sería tu último día” (vv. 484-531).

Prosigue el poeta diciendo que dos meses habían pasado desde que los francos empezaron el asedio de la ciudad rebelde. Las máquinas lanzapiedras redoblan sus esfuerzos, y una nube de flechas cae sobre las altas murallas. El piadoso rey toma un dardo en sus manos y lo lanza contra los muros; el dardo atraviesa veloz el aire y va a clavarse con violencia sobre el duro mármol del bastión. Los asediados quedan asombrados y aterrados. Han perdido su caudillo, y la resistencia se hace cada vez más difícil; sus mejores

hombres han caído. Cansados de la lucha, negocian la rendición. La ciudad pasa al poder del rey, y los francos imponen su voluntad y sus leyes al enemigo. Era el día de Sábado Santo. Al día siguiente, el rey entró triunfante en la ciudad, hizo purificar los templos donde los moros hacían sacrificios en honor del diablo, y dio gracias a Cristo. Después, habiendo dejado una guarnición al mando de Bero, se volvió victorioso a su tierra (vv. 532-571).

El piadoso Ludovico manda preparar un convoy con un grandioso botín, para ser enviado a su padre Carlomagno; en el presente figuraban toda clase de riquezas y, sobre todo, un espléndido caballo con el freno de oro y el rey de la ciudad vencida, Zado. A la cabeza de la comitiva marchaba el fiel Bigón, el cual llevaba también el encargo de anunciar la noticia al viejo Carlos. El gran emperador recibe con inmensa alegría las nuevas y los presentes; se hace contar detalladamente las peripecias del asedio y obsequia a Bigón con una copa de vino, en la cual él mismo bebe. Bigón, cargado de honores, regresa a su rey (vv. 572-599, 634-647).

Hasta aquí el relato del cerco y la conquista. Pero Ermoldo vuelve sobre el tema de Barcelona hacia el final del libro tercero, para decirnos que Bero, jefe de la guarnición encargada de la custodia de la ciudad, fue acusado de infidelidad ante el rey Ludovico Pío. Para defender su inocencia, tuvo que sostener un duelo contra su acusador. Bero fue derrotado y el rey, después de perdonarle la vida, le desterró. Pero sobre este tema volveremos más adelante.

Por lo que se refiere a la discutida fecha del asedio, Ermoldo, a lo largo de la narración, ha dado tres indicaciones que nos permiten determinar dicha fecha, así como la duración del cerco. En el verso 414 se dice que los francos llevaban veinte días atacando inútilmente a la ciudad, cuando el rey decidió tomarla por hambre; y en los versos 532-565 se explica que, después de dos meses de asedio, la ciudad abrió sus puertas a las tropas del rey franco el día de Sábado Santo. Hasta aquí Ermoldo. En las demás fuentes hallamos todavía algunos datos más que nos ayudan a fijar

la fecha y otros interesantes particulares. Tanto los *Annales* como el Astrónomo sostienen que la ciudad fue conquistada en el 801; la *Crónica de Moissac*, por el contrario, afirma que fue en el 803. Sobre la duración del asedio, Ermoldo da claramente a entender que empezó el primero de septiembre del 800 y terminó el 4 de abril del 801; el Astrónomo no ofrece términos extremos, pero dice que fue largo y que se prolongó todavía seis semanas después de la llegada del rey; la *Crónica de Moissac* y algunos textos árabes indican que duró siete meses; y los *Annales* lo extienden a dos años.

De todos estos datos podemos concluir que el rey Ludovico —como dice Ermoldo (v. 140 ss.)— celebró la asamblea en la que se decidió la conquista de Barcelona en la primavera del 800, pero la campaña no habría empezado, como parece desprenderse de nuestro poeta (vv. 218-219), hasta primeros de septiembre del mismo año, extendiéndose así a los últimos cuatro meses del 800 y a los tres primeros del año siguiente. Ermoldo, pues, coincide con las demás fuentes en cuanto a la fecha y duración del cerco, menos con la *Crónica de Moissac*, que se equivoca, colocándolo en el 803. Todo esto permite corregir aquella pequeña confusión del poeta sobre la participación del rey desde el principio hasta el final de la campaña, pues no pudo ésta durar siete meses (septiembre-abril) y haber caído la ciudad dos meses después de la llegada del rey, si es verdad que éste llegó con las primeras tropas (v. 306). Por lo tanto, a la luz de esta inconciliable cronología, tendremos que concluir que el rey Ludovico Pío no participó en la conquista más que en la última fase, tal como consignan el Astrónomo (c. XIII) y la *Crónica de Moissac* (p. 307). Es probable que el error de nuestro poeta fuera cometido intencionalmente, pues no debemos olvidar que se trata de una obra panegírica del rey Ludovico. Por lo que se refiere a la afirmación de los *Annales* de que el cerco duró dos años, es evidente que lo que quieren decir es que, habiendo sido empezado en el 800, se prolongó hasta el 801, dos diferentes años.



### III. *Valor histórico del poema*

Al comparar el relato de Ermoldo con el del Astrónomo, sorprende la infinita cantidad de detalles que no se hallan en éste. Acontecimientos, lugares, fechas, costumbres y otras minucias que no aparecen en ninguna otra crónica de la época, se presentan ahí con la vivacidad y frescura de una narración de primera mano. Nadie nos ha dejado testimonio de nombres como Hilthiberth, Habirudar, Uriz, Zabirun, Uzaco, Colizan, Gozan (vv. 407-409). Todos los documentos de la época ignoran la solemne asamblea de Tolosa, en la cual se lanzó la conquista de Barcelona, así como la participación activa en la discusión de Lupo Sanchó y Guillermo, y el papel importantísimo de Zado durante el asedio de la ciudad. Nadie nos ha dicho tampoco que la asamblea tuvo lugar en la primavera del año 800 (v. 140), que el asedio empezó la primera luna de septiembre, y que la ciudad cayó el día de Sábado Santo. Ermoldo, como dijo ya Faral, es mejor historiador de lo que se ha creído (p. XIV).

Si su cronología y detalles son tan exactos, a pesar de que no asistiese personalmente al asedio de Barcelona ni tuviese relaciones personales con las cortes de Ludovico y Pipino hasta el 824, cabe preguntarse de dónde sacó sus noticias. Faral ha supuesto que Ermoldo utilizó "como sustrato de su panegírico un libro de anales" muy parecido a los *Annales* reales, llamados de Einhard (p. XV). Si bien esta hipótesis de Faral podría aceptarse para otras partes de la obra de Ermoldo, no parece igualmente válida por lo que se refiere al libro primero, donde las discrepancias superan con mucho a las analogías. Es cierto que el poeta posee una natural aptitud para describir las cosas concretas y familiares, y que esta cualidad da una gran unidad a toda su obra; pero se advierte en las descripciones, por ejemplo, una diferencia enorme entre las del libro primero y las de los tres siguientes. Éstas, por referirse a acontecimientos posteriores al 824 o a lugares que él había visto personalmente, están adornadas con tal cantidad de deta-

lles minuciosos, que no dejan lugar a duda de que se trata del relato de un testigo ocular. Tales son, por ejemplo, la descripción del interior de la iglesia de Estrasburgo (v. 2586ss.), la de las pinturas del palacio y la iglesia de Ingelheim (vv. 2060-2163), o las escenas de la cacería ofrecida por el rey Ludovico a Herold en una isla cerca de Ingelheim, y, en particular, la muerte de la bestia por el pequeño Carlos (vv. 2362-2415). Las descripciones del libro primero, por el contrario, tienen un sabor artificioso, y en la mayoría de los casos están arrancadas de los clásicos. Esto indica que, no obstante la unidad esencial de la obra, el criterio empleado en la composición de sus diversas partes fue de algún modo distinto. El libro primero, en particular, parece de muy distinta naturaleza que los otros tres en cuanto a fuentes; y, desde luego, en muchos pasajes se halla en neto contraste con los demás textos cronísticos contemporáneos, incluso con los mencionados *Annales*.

Para ilustrar algunas de estas discrepancias limitémonos, por el momento, a la figura más conspicua del asedio, la del conde de Tolosa, Guillermo. Veamos con un poco de detalle las escenas del cerco en que aparece Guillermo, empezando por la de la asamblea general de Tolosa. Como ya indicamos antes, esta asamblea es desconocida a los demás cronistas del imperio, y su antihistoricidad aparece todavía más claramente cuando tenemos presente la obra entera de nuestro poeta. De los cuatro libros, tres se abren con una asamblea general, la cual no corresponde en ninguno de los casos a las descritas en las otras fuentes. En la primera, hablan Lupo Sancho y Guillermo; en la segunda, Einhard —de quien nada dicen los demás documentos—<sup>22</sup> y en la tercera, un cierto Lambert, figura totalmente desconocida. La artificiosidad estructural de esta parte de la obra parece, pues, evidente. Asimismo, parece lógico con-

<sup>22</sup> Einhard, como ya se ha dicho, mantuvo excelentes relaciones con Ludovico Pío, con el cual había sido educado en la corte de Carlomagno (vide *Vita Caroli*, Introducción), pero no consta que personalmente perorase la causa de su coronación ante Carlomagno, como afirma Ermoldo (vv. 682-697).

cluir que la idea misma de empezar tres de sus libros (el cuarto tiene características un tanto distintas) con una asamblea y unos personajes que —aunque tal vez alguno de ellos sea histórico ciertamente está fuera de lugar— tienen una marcada finalidad artística y no histórica. Podemos además añadir, en relación con la asamblea del libro primero, que uno de los interlocutores principales es completamente anacrónico. Se trata del godo Lupo Sancho, el cual había sido ejecutado ya por orden de Carlomagno en el año 778 por su participación en la célebre derrota de Roncesvalles, y en su lugar —como lo confirma el Astrónomo— reinaba su hijo Adalarico, el cual, a su vez, se hallaba desterrado por orden del rey Ludovico debido a su participación en la sublevación de Tolosa del 789.<sup>23</sup> Así es que, aunque no tengamos pruebas documentales de la antihistoricidad de la asamblea, el hecho mismo de que una de las figuras centrales sea antihistórica parece argüirla. Y si la asamblea es antihistórica, es evidente que los discursos y diálogos de los participantes son pura invención del poeta.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Se ha discutido ya bastante sobre la identidad de este Lupo Sancho, así como sobre el significado de sus sibilinas palabras: "Si tamen a nostris agitur modo partibus haec res, / Parte mea, testor, pax erit atque quies" (vv. 170-171), con las que —según Simson— Lupo prometía la tranquilidad de los vascos después de la sublevación de que habla el Astrónomo en el c. XIII (cf. FARAL, p. 16 ss. nota 2). A nuestro modo de ver, tratándose de una asamblea creada por la ficción de Ermoldo, las palabras puestas en boca de los interlocutores tienen sólo una función artística, sin que el poeta pretenda darles un significado histórico-político. El entero pasaje, como muchos otros (cf. nota siguiente) es artificioso.

<sup>24</sup> Una prueba más de la artificiosidad de los discursos que Ermoldo pone en boca de sus personajes, la tenemos en la contraproducente arenga de Zado, al principio del asedio. Mientras que por un lado anima a los suyos a luchar con todas sus fuerzas, por otro les quita toda esperanza de victoria al decirles que "todo el que se ha batido contra este pueblo valiente y belicoso ha sucumbido irremediablemente" (vv. 372-3). Por lo visto, al poeta se le escapó el efecto desmoralizador de este discurso, porque lo único que le interesaba era poner de relieve la superioridad del ejército franco, y las palabras del caudillo moro están sólo en función de

Una segunda intervención de Guillermo en el poema es la que tuvo lugar ya durante el cerco. Según el Astrónomo —como vimos— quien dirigió el asedio fue el conde de Gerona Rotstagno; el rey se quedó en el Rosellón, hasta que se le avisó de que la rendición era inminente; y Guillermo con sus hombres tomó parte en el asedio sólo hacia el final del mismo; el papel que desempeñase lo desconocemos, puesto que no es ni descrito ni mencionado. En el poema, por el contrario, el primero en llegar ante los muros de Barcelona fue el rey (no podía ser diversamente, siendo él el destinatario de la obra), y con él un grupo de caudillos, entre los que figuraba, en primer lugar, Guillermo. Así es que también en esta segunda aparición del conde de Tolosa en el poema, el autor se halla en contraste con las demás fuentes.

El poeta vuelve de nuevo su atención sobre Guillermo durante las operaciones del cerco, para decirnos que fue el primero que derribó a un moro, Habirudar, con el ímpetu de su arco. Y cuando, en otro instante de la acción, un moro desde lo alto de las murallas se burlaba de la decisión del rey de tomar la ciudad por hambre, es nuevamente Guillermo el que le contesta, asegurándole que antes se comería su caballo que levantar el cerco (vv. 431-451). Asimismo, cuando los francos capturan al fugitivo Zado, es Guillermo el que, por orden del rey, le conduce ante las murallas de la ciudad para que pida a su gente que se rinda; y cuando el astuto moro, usando una de sus tretas, les da a entender que resistan valerosamente, es nuevamente Gui-

esa finalidad. Pero no sólo los discursos son invención del poeta, sino que hasta los personajes tienen un aire sospechoso. Ya hemos visto más arriba el anacronismo cometido con Lupo Sancho; lo mismo podría tal vez decirse de otra figura central del poema, Zado, cuya presencia durante el asedio acaso deba ser negada, si hemos de creer al Astrónomo; y hemos de añadir que en la mayoría de los pasajes donde se describen las acciones o las palabras del caudillo moro, el poeta se mantiene en la línea de la convención literaria, imitando a Virgilio, como, por ejemplo, cuando describe su fuga en las tinieblas de la noche y su captura, para cuyo relato se sirve del episodio de Nivus y Euriale (*Eneida*, L. IX, 179 ss.).

lermo el que le dice: "Zado, puedes estar seguro de que, si no fuese por respeto al rey, éste sería tu último día" (vv. 484-531). Ninguna de estas acciones del conde de Tolosa puede ser desmentida ni confirmada con las demás fuentes; pero el hecho de inventar toda una serie de nombres moros para hacerlos morir bajo las flechas de los francos, o el poner en boca de Guillermo aquella respuesta sobre la decisión de comerse el caballo, o la estratagemma de hacer señales con la mano, que tiene todo el carácter de una difusa creencia popular que asociaba a los moros con las artes mágicas, todos estos y otros muchos particulares son buen indicio de que el poeta está describiendo acontecimientos ficticios.

¿Qué ha sido, pues, de aquel Ermoldo historiador de que hablábamos más arriba? ¿En qué medida el integumento poético, el uso de los clásicos y las descripciones artificiosas prejuzgan el valor histórico del poema? La respuesta pudiera ser: en la misma medida en que la epopeya lo hace con respecto a la historia, de la cual procede como hija predilecta. De tal manera que si, por un lado, la tendencia de Ermoldo a describir las acciones de Guillermo como hechos de ficción disminuye el valor del poema como testimonio histórico, hasta tal punto que, aparte el hecho de la participación en la campaña, el relato no tenga nada en común con las demás fuentes conocidas y hasta pudiera pensarse que todas las hazañas descritas son pura invención del poeta, por otro, es evidente que todo el libro primero está centrado sobre la figura histórica de Guillermo, la cual sólo en contados instantes de la narración es obscurecida por la del destinatario del poema. Es esta luz poética que involucra las figuras históricas y sus acciones la que marca el primer paso de la historia a la epopeya. Y este libro primero de Ermoldo es la mejor ilustración de lo que venimos diciendo.

Es bien sabido que Bédier, seguido por no pocos de los bedieristas, negó categóricamente que la figura de Guiller-

mo hubiese desempeñado un papel de primer plano en el relato de la conquista de Barcelona: "Ces deux témoignages —escribe refiriéndose al poema de Ermoldo y al *Fragmento de La Haya*— les voilà réduits à leur juste valeur, qui est nulle. Alors il nous faut accepter ce fait dans toute sa simplicité: Guillaume de Toulouse nous apparaît d'abord dans les chroniques latines du ix<sup>e</sup> siècle, puis dans les romans français de la fin du xi<sup>e</sup> et du xii<sup>e</sup> siècle; dans l'intervalle, rien, pas une ligne sur lui, ni en français, ni en latin; rien que l'universel silence".<sup>25</sup> La opinión de Bédier, fundada en una hipótesis mucho más amplia, según la cual no hubo poesía épica con anterioridad al siglo xi, ha tenido ya adecuada réplica; y, por lo que se refiere específicamente al poema de Ermoldo, F. Lot se encargó de rectificar las conocidas "chicanes" del gran romanista.<sup>26</sup>

Si bien la importancia de Guillermo como figura capital del libro primero del poema es innegable, queda todavía por explicar por qué el poeta mostró tanta predilección por el conde de Tolosa. No podremos pensar, como para otros personajes del poema, que Ermoldo le dio papel tan importante con miras a obtener favores y, en especial, el regreso del exilio, ya que Guillermo había muerto en el 812 y la obra de Ermoldo fue escrita, con toda seguridad, después del 826. Tampoco podrá decirse que Guillermo desempeñaba ya ese papel en la fuente en que se inspiró el poeta, y que esa fuente eran unos anales del tipo descrito por Faral; los pasajes discutidos más arriba en que aparece Guillermo no se justifican con ninguno de los anales conocidos, y en la mayoría de los casos están en neto contraste con ellos. Por lo tanto, habrá que recurrir a otras hipótesis para poder explicar la presencia dominante de Guillermo en este primer libro.

<sup>25</sup> *Les légendes épiques. Recherches sur la formation des Chansons de geste*, vol. I, 2<sup>a</sup> ed., Paris, 1921, p. 191.

<sup>26</sup> "Le cycle de Guillaume d'Orange", *Romania*, LIII (1927), p. 470, nota 1.

IV. *Ermoldo y Guillermo de Tolosa*

Según todos los indicios, Ermoldo era un clérigo o monje de Aquitania (Faral, pp. v-vii) que participó en numerosos acontecimientos del reinado de Pipino y de su padre Ludovico Pío. La vida de este poeta cortesano del siglo ix la desconocemos casi por completo. Los pocos elementos que poseemos proceden de sus obras, el mencionado poema y, sobre todo, las dos lacrimógenas cartas dirigidas al rey Pipino. Su genio, a un tiempo zalamero y zumbón, y sus preferencias por el poder eclesiástico en una corte donde, a pesar de todas las estructuras religiosas y las apariencias teocráticas, existía un profundo espíritu laico, le costaron probablemente el destierro a Estrasburgo, adversidad que no supo sobrellevar con el espíritu y la integridad de su contemporáneo Teodulfo.<sup>27</sup> El Astrónomo refiere que el año 834 el rey Ludovico mandó a su hijo Pipino un cierto abad *Hermoldo* para pedirle que restituyese a las iglesias los bienes que les había robado (c. LIII); y es digno de notarse, aunque tal vez sea pura coincidencia o *topos* poético, que Ermoldo, en las primeras líneas del poema, al enumerar las grandezas de Ludovico, dice: "Reddidit ecclesiis munera prisca sacris" (v. 89). En el año 838 aparece también un *Hermoldo* como canciller y signatario de tres cartas de Pipino;<sup>28</sup> y nuestro poeta, en una de sus cartas

<sup>27</sup> Uno de los episodios que merece la pena citarse aquí, por revelar la condición y el carácter de nuestro poeta, capaz de burlarse hasta de sí mismo, es aquel que tuvo lugar durante la expedición de Bretaña. Nos dice que también él fue allá cargado con un pesado escudo y un enorme espadón, pero que nadie se queja de sus heridas. Viéndole el rey Ludovico aparejado de aquella manera, se maravilló mucho y, muriéndose de risa, le dijo: "Hermano, dejad esas armas; las letras os caen mejor" (vv. 2016-19).

<sup>28</sup> Cf. *Recueil des actes de Pépin I<sup>er</sup> et de Pépin II, rois d'Aquitaine*, ed. L. Levillain, Paris 1826, números 28-30. Hay que notar, sin embargo, como lo hizo ya Faral, que en estos dos casos el nombre se halla escrito con *H* inicial, mientras que el del poeta aparece sin la *H* en los versos acrósticos de la introducción, cosa que, estando al principio de la obra, pudiera tomarse por su propia firma. Pero no veo que esto constituya una gran dificultad, ya que el poeta no

al mismo Pipino, le recuerda, en pasajes cargados de añoranza, su oficio de poeta cortesano y consejero personal antes de ser desterrado (ed. Faral, II, vv. 1-24 y 201-202), implorándole que vuelva a restablecerle en su antiguo cargo. Todavía una posible conexión más: en los años 835 y 837 aparece un cierto *Ermenaldo* (variante *Ermoldo*), abad de Aniane, que obtiene del emperador Ludovico tres cartas a favor de su abadía.<sup>29</sup> Una vez más, todo parece indicar que nuestro poeta sabe de la célebre abadía algo más de lo que podía saber uno cualquiera de su época y cultura. En el libro segundo, al narrar la fundación del monasterio d'Inde (817-818), dice del fundador: "Vir Benedictus erat cognomine dignus eodem / ... Hic fuit Anianae merito praelatus ovili Pastor et abba, gregi regula blanda suo" (v. 1184 y 1188-1189). Ermoldo no sólo sabe que el fundador de la nueva abadía había sido anteriormente abad de Aniane, sino que conoce su apellido, Benedictus, rara vez usado en los demás documentos, donde figura casi siempre con su nombre, Witiza. Y cuando se trata de relatar los acontecimientos del año 821, al poeta no se le escapa la muerte de Benedictus, abad de Aniane (vv. 1876-1879), hecho que para él tenía, evidentemente, importancia de primer plano.

Todas estas tenues conexiones podrán calificarse de vagas conjeturas, tanto y más que no podemos excluir *a priori* que hubiese más de un personaje en las cortes de Ludovico y Pipino que llevase el nombre de Ermoldo; pero si aceptamos como muy posible la identidad de todos estos nombres con el de nuestro poeta, habríamos hallado tal vez el verdadero motivo de la presencia dominante de Guillermo en el primer libro del poema. Si Ermoldo, por un lado, no tenía motivo alguno para incluir al célebre conde de Aqu-

habría podido escribir *Editor* con la *H*, ni tanto menos *arce* con otra *h* entre la *c* y la *e*. Por lo demás, no puede decirse que Ermoldo, o el copista, sea consistente en la grafía de los nombres propios; por ejemplo, en los acrósticos escribe *Hludoici* y repetidamente en el resto del poema *Hludowici*.

<sup>29</sup> Cf. Th. SICKEL, *Acta regum et imperatorum Karolinorum digesta et annotata*, 2 vols., Viena, 1867-1868, *Acta Ludovici*, números 331, 354, 355.



tania en su obra, panegfírica del rey Ludovico y de sus cortesanos —puesto que Guillermo ya había muerto hacía más de catorce años—, por otro, como abad de Aniane, tenía razones sobradas para hacer figurar en su obra a aquel que, después de haber luchado gloriosamente en Barcelona, había sido desde el 804 fiel y devoto monje de la misma abadía. La aureola de santidad con que fue coronado Guillermo desde el día de su muerte era motivo suficiente para que, años más tarde, uno de sus hermanos en religión intentase elevarle a la categoría de héroe épico. Esto creo que fue lo que trató de hacer Ermoldo.

Estas consideraciones nos conducen hacia los orígenes de la leyenda épica de Guillermo. Hasta ahora se ha indicado siempre la *Vita Sancti Wilhelmi*, escrita hacia 1115, como el primer documento en que se identifica con toda seguridad al Guillermo épico con el histórico conde de Tolosa. (Ermoldo, el *Fragmento de La Haya* y la *Nota Emilianense*, que son textos muy anteriores a la *Vita*, están todavía, según algunos estudiosos, en tela de juicio). La *Vita Sancti Wilhelmi*, compuesta por los monjes de Gelone —abadía hermana de la de Aniane, fundada por el mismo Guillermo—, sería, según el parecer de la crítica, testigo de canciones épicas del tipo *Prise d'Orange*. Pero, como el mismo hagiógrafo dice, las grandezas de Guillermo eran cantadas por todos desde hacía mucho tiempo.<sup>80</sup> Según nuestra hipótesis, Ermoldo el Negro habría sido el primer cantor de todos ellos, y su poema el primer testimonio de la leyenda poética, no como resumen o manifestación de otros poemas ya existentes, sino como transformación de la realidad histórica por obra del arte. En este sentido, Ermoldo, como precursor, es totalmente independiente y original, y su obra es no sólo el primer estadio de la leyenda poética de Guillermo, sino el primer vagido de la epopeya románica, todavía, claro está, en latín.

<sup>80</sup> "Qui chori iuvenum, qui conventus populorum praecipue militum ac nobilium virorum, quae vigiliae sanctorum dulce non resonant et modulatis vocibus non decantat qualis et quantus fuerit?", *Vita Sancti Wilhelmi*, ed. *Acta Sanctorum Bollandiana*, tomo IV (mayo), p. 798.

¿De dónde sacó, entonces, el poeta la información histórica tan detallada que caracteriza su obra? Las fuentes históricas del libro primero no creo que puedan ser identificadas con un texto específico del tipo indicado por Faral; antes bien, me inclino a creer que el poeta usó tanto fuentes escritas (anales, crónicas, relaciones o diarios de campo) como relatos orales, según él mismo parece insinuar (v. 41 y 100-101).<sup>31</sup> A estos últimos (entre los que —no lo excluyo— pudo existir algún breve canto historial latino del tipo de la *Cantilena de San Farón*<sup>32</sup> o del poema a la base del *Fragmento de La Haya*<sup>33</sup>), fundamentalmente históricos, añadió nuestro poeta elementos de ficción, como personajes fantásticos, diálogos, discursos y acciones que, según él, servían para exaltar la figura de su héroe, monje y santo. De tal manera que Ermoldo habría sido el primer poeta que, al cantar las heroicas y verdaderas hazañas de Guillermo en el cerco de Barcelona, creó, o comenzó a poner en marcha, toda una leyenda épica, al añadir espontáneamente unas cuantas pinceladas imaginarias a la biografía real del héroe.

Suponer que, además de dichas fuentes, Ermoldo habría conocido una composición en francés, es una hipótesis halagadora, pero carente de bases sólidas.<sup>34</sup> A mi modo de ver

<sup>31</sup> Faral negó explícitamente esta "tradición oral", basándose en el hecho de que Ermoldo saca la expresión "fama ... pervexit ad aures (v. 100) de Ovidio (*Met.*, V, 25; *Pónticas*, II, ix, 3). Creo que ésta no es una razón suficiente, pues se sabe que los poetas carolingios usaron esta técnica literaria como parte de la *imitatio*. El ideal era decirlo todo con las palabras de los clásicos, aunque el poeta hubiese sido testigo ocular de lo que estaba narrando.

<sup>32</sup> Hállase esta cantilena, que fue escrita antes del 875 y consta de ocho versos latinos, en la *Vita Sancti Faronis* de Hildegario, obispo de Meaux. Véase M. DE RIQUER, *Les chansons de geste françaises*, 2ª ed., Paris, 1957, pp. 37-38, nota 31 bis.

<sup>33</sup> Una reconstrucción completa de este poema, escrito con toda probabilidad antes del 980, puede verse en H. SALVADOR MARTÍNEZ, *El "Poema de Almería" y la épica románica*, Madrid, Gredos, 1975, Apéndice I.

<sup>34</sup> Así opinaron W. J. A. JONCKBLOET, *Guillaume d'Orange*, vol. II, Amsterdam, 1867, pp. 89 ss., y O. DENSUSIANU, *La prise de Cordres et de Seville*, Paris, S. A. T. F., 1896, pp. XII-XXIX.

—y me apoyo especialmente en el hecho del brevísimo intervalo de tiempo transcurrido entre la conquista de Barcelona y la composición del poema (unos veinticinco años)— Ermoldo, como he dicho antes, fue el creador de los primeros elementos legendarios, al añadir unos cuantos rasgos imaginarios a la personalidad histórica de Guillermo. Estamos asistiendo —se podría decir— al nacimiento de una leyenda épica. Esto, naturalmente, no excluye la posibilidad de que hayan existido breves cantos historiales, especialmente latinos. Tampoco soy del parecer de quienes han visto una alusión a poemas vulgares en aquellos dos versos de nuestro poeta: “Haec canit orbis ovans late vulgoque resultant; / plus populo resonant, quam canat arte melos” (vv. 844-845). El texto creo que alude sólo a la popularidad de las virtudes guerreras y humanas del emperador Ludovico Pío; virtudes que, según el poeta, el pueblo conoce y propaga mucho mejor que el arte de los poetas, entre los que sin duda se incluiría a sí mismo, en una especie de *captatio benevolentiae* o, más exactamente, de afectada humildad. Las hipótesis de la existencia de *chansons de geste* en lengua vulgar anteriores al 800 me parecen sumamente improbables.

¿Cuál fue el curso que siguió la leyenda poética de Guillermo entre la obra de Ermoldo (d. 826) y el testimonio, unánimemente aceptado, de la *Vita Sancti Wilhelmi* (h. 1115)? Ésta es la base sobre la que gira toda la cuestión del proceso evolutivo de la leyenda. La obra de Ermoldo no parece haber sido muy conocida o popular; en los escritos antiguos, se la menciona tan sólo en la *Vita Sancti Legieri*,<sup>35</sup> y ninguno de los nombres o episodios del poema reaparece en las gestas posteriores. Sin embargo, es obvio pensar que esta leyenda no ha podido formarse y transmitirse, después de un intervalo de más de tres siglos, sin el apoyo de una constante creación literaria; creación que, por otro lado, no pudo ser obra de un solo poeta, sino de muchos, ni transmitirse en otra forma que en la de refundi-

<sup>35</sup> Véase la edición en *M. G. H., Poetae Latini Aevi Carolini*, III, Berlin, 1896, p. 5.

ciones, cuyas etapas podemos ya vagamente vislumbrar: Ermoldo (d. 826), *Fragmento de La Haya* (a. 980-1030), *Nota Emiliananse* (1065-1075) y una *chanson* del tipo *Prise d'Orange* de la que hay testimonio en la mencionada *Vita Sancti Wilhelmi* (h. 1115).

Tampoco es fácil determinar en qué medida la obra poética de Ermoldo haya podido contribuir a la formación de la leyenda. Pero creo que el simple hecho de vernos ante la imposibilidad de relacionar la figura de Guillermo y las de los demás personajes y sus acciones en la conquista de Barcelona con las de los personajes de las futuras *chansons* del ciclo, no debe impulsarnos a rechazar totalmente su influencia en la creación de esas *chansons*.<sup>36</sup> El influjo directo, como se sabe, es bien difícil de probar, inclusive entre las diversas *chansons* del mismo ciclo. Por eso creo que el poema de Ermoldo debe verse en una perspectiva distinta. Su influencia y su contribución a la formación de la leyenda, desde luego de naturaleza indirecta, es como el del afluyente, tal vez de tenues lluvias primaverales, del caudaloso río de la tradición épica en que llenaron su cántaro

<sup>36</sup> Sería además inexacto afirmar que la tradición épica iniciada por Ermoldo muere del todo con él para reaparecer tres siglos más tarde. Aparte de los innumerables testimonios de leyendas épicas carolingias en Cataluña, ha llegado hasta nosotros un manuscrito (Londres, G<sup>1</sup>) de la *Chanson de Guillaume* en el que se sitúa la residencia de Guillermo en Barcelona y no en Orange. Y según este mismo manuscrito, que los estudiosos califican como de una importancia excepcional por representar, tal vez, la más antigua *chanson de geste*, fue cerca de Barcelona donde tuvo lugar la célebre batalla de *Archamp* o *Aliscans*, localidad que pudiera ser identificada con Argenton. Cf. A. L. TERRACHER, "Notes", *Annales du Midi*, XXII (1910), pp. 5-16; M. DE RIQUER, *op. cit.*, pp. 152-154; D. McMILLAN, *La Chanson de Guillaume*, vol. I, Paris, 1949, p. 139, y II, Paris, 1950, p. 140; M. COLLI I ALENTORN, "La introdució de les llegendes èpiques a Catalunya", en *Coloquios de Roncesvalles*, Zaragoza, 1956. Erich von Richthofen, quien sostiene que tanto el poeta de la *Chanson de Roland* como el de la *Chanson de Guillaume* tuvieron presente la geografía de la Cataluña pirenaica, es del parecer de que *Aliscans* o *Archamp* (*Arlis Campis* = Arles-sur-Tech), deberá buscarse al este de Cerdeña, entre Puigcerdá y la costa mediterránea. (Cf. *Nuevos estudios épicos medievales*, Madrid, 1970, pp. 65 y 73).

los poetas de los siglos XII y XIII. A la formación de este río poético concurren tanto poemas épicos vulgares —especialmente a partir del siglo XI— como poemas latinos. Limitar el influjo de la obra de Ermoldo en la poesía épica posterior al influjo directo, para excluirlo, es como limitar la imitación al plagio.

#### V. Valor épico del poema. El duelo como motivo épico

Para poder comprender el valor épico de la obra de Ermoldo el Negro, deberíamos tener presentes los cuatro libros, y en especial el primero y tercero; pero, por sobrepasar nuestro propósito actual, nos limitaremos tan sólo a algunos aspectos del libro primero.

No han faltado estudiosos que se han ocupado, casi siempre sumariamente, del valor épico del poema, en la mayoría de los casos para negarlo. Faral, por ejemplo, cree que el poema “es una crónica y crónica sumaria, en la que sólo se hallan descritas las acciones más importantes del héroe” (p. xxviii), pero añade que, por pobres que aparezcan sus cualidades poéticas, “no falta el soplo de la inspiración épica” (*ib.*). Sin embargo, no acepta la hipótesis de otros estudiosos, según la cual el libro primero sería el anuncio de las futuras *chansons de geste*: “Si el Guillermo del que habla Ermoldo es el original del personaje legendario, todavía no tiene nada de lo que constituirá su figura poética” (p. xxix). P. Zumthor, aunque por un lado sostiene que el poema es un mosaico de centones épicos y morales de poco valor, por otro acepta que la obra “presenta, sin embargo, un gran interés para la historia de la epopeya”.<sup>87</sup> Martín de Riquer cree que es una exageración evidente el querer hallar en el poema de Ermoldo el eco de una leyenda de Guillermo ya en formación. El poeta, según Riquer, no ha hecho más que dramatizar poéticamente un hecho histórico reciente. Sin embargo —concluye Riquer— queda

<sup>87</sup> *Histoire littéraire de la France médiévale (VI<sup>e</sup>-XIV<sup>e</sup> siècles)*, Paris, P. U. F., 1954, p. 51.

en pie un hecho, y es que veinticinco años después de los acontecimientos históricos la literatura se había ya apoderado de la figura de Guillermo, cantando sus hazañas en versos elegíacos.<sup>38</sup> Jean Frappier también es del parecer de que el poema de Ermoldo no se parece mucho a una *chanson de geste*, pero acepta que muchos de sus pasajes, aunque sacados de Ovidio o Virgilio, producen un efecto semejante a los adornos de la epopeya, admitiendo así que el poema pudo contribuir a la continuidad épica de Guillermo y, por tanto, a la formación de su leyenda.<sup>39</sup>

Así es que los estudiosos, mientras por un lado rechazan o reducen el valor poético-épico del poema, por otro no pueden deshacerse de él como testimonio vivo de la naciente leyenda heroica de Guillermo. Pero ¿es realmente el poema algo más que el primer testimonio de la existencia de un interés literario por el conde de Tolosa y, sobre todo, algo más que el primer testimonio poético de la lucha entre moros y cristianos, tema central de casi todas las *chansons de geste*? ¿Hay en el poema de Ermoldo otros elementos que nos hagan ver en él un precursor, no sólo de los temas, sino también de las técnicas de la épica romance?

Sin pretender demostrar la epicidad del poema y sus relaciones con la épica románica posterior,<sup>40</sup> creo que con toda justicia debe decirse que no carece de algunos de los elementos, en ciernes si se quiere, que más tarde reaparecerán en la épica románica. Por lo cual, empleando una especie de método inductivo, intentaré escoger algunos de los elementos más característicos de la epopeya románica, para retornar después a la obra de Ermoldo y ver si también se hallan en ella. Evidentemente que algunas de esas

<sup>38</sup> *Les chansons de geste françaises*, pp. 132-133.

<sup>39</sup> *Les chansons de geste du cycle de Guillaume d'Orange*, p. 69.

<sup>40</sup> Una tentativa en este sentido fue ya realizada por G. CHIRI, *L'epica latina medioevale e la Chanson de Roland*, Genova, 1936, passim; y, en parte, por M. WILMOTTE, *L'épopée française. Origine et élaboration*, Paris, 1939, especialmente pp. 82 y 83. Véase, sin embargo, la crítica a estas posiciones por I. SICILIANO, *Les origines des chansons de geste. Théories et discussions*, Paris, 1951, especialmente el cap. V, titulado "Divagaciones y extravagancias", pp. 128-167.

características, que en la épica romance son consideradas tópicos, se presentan en Ermoldo con todos los síntomas de la realidad histórica. Así sucede, por ejemplo, con el hecho de las asambleas. Uno podría decir que, mientras en la épica vulgar tiene un valor poético-estructural, en Ermoldo son sólo un reflejo —anacrónico si se quiere, pero verídico— de lo que eran las costumbres de la corte carolingia. Y, sin embargo, parece que el hecho mismo de convertir sistemáticamente una realidad histórica en artificio poético es ya de por sí signo inequívoco de que estamos pasando de la anécdota histórica a la creación poética. Este punto de enlace entre la historia y la leyenda histórico-poética es una de las características más significativas del poema de Ermoldo.

Sin descender a detalles sinópticos y enumerar minuciosamente cuál de los elementos épicos del poema latino se hallan en tal o cual *chanson* vulgar, deseo simplemente apuntar unos cuantos que sirvan siquiera de pauta a los que niegan rotundamente la influencia de los temas y las técnicas latinas en el origen y desarrollo de la poesía épica romance.

El tema central y la finalidad primordial de toda la obra *In honorem Hludowici* es la exaltación, a veces claramente de tono adulatorio, del reinado de Ludovico Pío, mostrando su grandeza en diversos instantes gloriosos, como la conquista de Barcelona: “Namque mihi non flagito versibus hoc, quod / Omnia gestorum percurram pectine parvo, / In quibus et magni possunt cessare magistri / Caesaream flectant aciem; sed cantibus huc / Incipiam celebrare...” (vv. 19-23); y poco más adelante añade: “Non ego gestorum per singula quaeque recurram: / Nec fas, nec potis est, nec valet ingenium” (vv. 50-51); “Jam mihi carmen eat Hludowici promere gesta, / Paucaque de multis pagina nostra legat” (vv. 64-65). Dentro del marco general de la campaña de Barcelona, Ermoldo coloca también la figura y las hazañas de Guillermo. Ambos personajes tienen, en la estructura de este libro primero, una función semejante a la de Carlomagno y Roland en la *Chanson de*

*Roland*. El tema del asedio y el de la participación gloriosa de Guillermo permean la esencia de este libro, sin que por ello excluyan la presencia de otros temas menores y de otros personajes secundarios, como el moro Zado, el fiel mensajero Bigón o el traidor Bero.

Pero, aparte el tema, que —como es lógico esperar— en cada poema tiene características únicas, hay otros aspectos que enlazan más íntimamente la obra de Ermoldo con la épica vulgar. Así sucede, por ejemplo, con las escenas de consejo (en la épica castellana las *vistas* o las *cortes*), tan comunes a todas las *chansons*. En estas asambleas, dos rivales (Ganelon-Roland, Lupo Sancho-Guillermo), o dos bandos enemigos (los del Cid y los de Carrión, los de Zado y los de Guillermo), presentan ante el rey las razones en pro y en contra de la acción guerrera o judicial. Entre todas estas asambleas, o cortes, hay una en el poema latino que reviste una importancia excepcional por contener una cuidadosa descripción del *locus amoenus*, motivo predominante tanto en las escenas de consejo de Marsilio como de Carlomagno al principio de la *Chanson de Roland* (v. 10 ss.; v. 96 ss.). La escena tiene lugar ante las murallas de Barcelona, al amanecer del día primero del asedio: “Lucida namque homines ut primum Aurora revisit, / Commoniti comites regia tecta petunt. / Ordine quisque suo prorsus residuntque per herbam, / Auribus adtentis regia dicta rogant” (vv. 318-321).<sup>41</sup> El tema del amanecer épico ha sido ya objeto de minuciosos y ponderados análisis, pero casi nadie ha puesto de manifiesto la continuidad del tema desde los clásicos hasta la épica románica, deteniéndose en la importancia que en este desarrollo histórico debe darse a los poetas épicos latinos de los siglos VIII al XII, siglos que constituyen el periodo de gestación de la épica romance. Los versos de Ermoldo marcan un hito importante en esta trayectoria. En el *Poema de Mio Cid*, donde las descripciones menudean mucho menos que en la *Chanson de Roland*, también hallamos, en dos pinceladas rápidas pero eminentemente expresivas, la descripción del amanecer, preludeo

<sup>41</sup> Véase la traducción de este pasaje más adelante, en la p. 128.



sereno y terso de lo que va a ser su primer día de sangre y de gloria. El Cid se halla ante Castejón, como Ludovico ante Barcelona, y, como éste, ha pasado toda la noche y una buena parte de la madrugada planeando el asalto de la ciudad (vv. 437-465); el poeta castellano, como Ermoldo, antes de pasar a la relación del asedio, se detiene un instante fulmíneo para decirnos lo que estaba sucediendo más allá de las tiendas del Cid:

Ya crieban los albores e venie la mañana,  
ixie el sol, Dios, qué fermoso apuntaba!

(vv. 456-457).

Otro motivo común a la épica en ambas lenguas es el de la guerra santa o de cruzada, que en Ermoldo tiene un significado peculiar por suponer otra invención poética, u otra histórica salida en falso. Nuestro poeta es el único entre todos los escritores de la época que indica, como motivo de la conquista de Barcelona, la conversión de los paganos, cuando sabemos que el verdadero motivo fue estrictamente político.<sup>42</sup> Y no contento con su hallazgo, en el que sin duda hay segundas intenciones, Ermoldo inventa todo un discurso programático que hace pronunciar al rey, durante la reunión de que hablábamos en el párrafo anterior. Dice Ludovico:

“Accipite hoc animis consilium, proceres.  
Si gens ita Deum coleret, Christoque placeret,  
Baptismique foret unguine tincta sacri,  
Pax firmada esset nobis, pax atque tenenda,  
Conjungi ut possit rel[ig]ione Deo.  
Nunc vero execranda manet, nostramque salutem  
Respuit, et sequitur daemonis imperia.  
Idcirco hanc nobis pietas miserata Tonantis  
Servitii famulam reddere namque valet.  
Nunc nunc actutum muros properemus et arces,  
O Franci, et redeat pristina vis animis!”

(vv. 323-333)

<sup>42</sup> Cf. FARAL, p. 31, nota 1.

El motivo, pues, de la expedición era, según el poeta, la conversión y el bautismo de los moros; pero "como quiera que éste es un pueblo execrable que rechaza la salvación que venimos a ofrecerle y obedece a los mandamientos del demonio", no nos queda más remedio que destruirle. He aquí otra de las constantes de la épica románica, íntimamente unida con el motivo anterior: la creencia de que los moros eran esclavos del politeísmo y del culto al demonio.<sup>43</sup> Y así el rey Ludovico, según Ermoldo y otros cronistas, después de capturada la ciudad, lo primero que ordenó fue purificar aquellos lugares donde los moros ofrecían sacrificios al diablo: "Mundavitque locos, ubi daemonis alma colebant" (v. 568). A este mismo grupo de motivos pertenecen otros histórico-folklóricos, como la negrura de los moros: "Is nigra mox nigris percussit pectora pugnīs" (v. 446); o la habilidad y predisposición para las artes mágicas, de las que Zado se muestra gran experto al gritar a sus vasallos que se rindieran, mientras que con sus manos "Ingeniosus item digitos curvabat et unguēs / Figebat palmis, haec simulanter agens" (vv. 520-521). Zado, como prototipo del caudillo moro, aparece en el poema no como gran guerrero, sino como vil, astuto y violento; algo muy parecido al modo de presentarnos a Marsilio en la *Chanson de Roland*.

Uno de los motivos más curiosos que hallamos en Er-

<sup>43</sup> En otro poema latino sobre la conquista de Almería, compuesto tres siglos más tarde, se leen versos como éstos:

Extitit et testis Maurorum pessima pestis  
 quos maris aut aestus non protegīt, aut sua tellus.  
 Nec possunt visum mergi vel ad aethera sursum  
 suspendi: vita scelerata fuit, quia victa.  
 Non cognovere Dominum, merito periere.  
 Ista creatura merito fuerat peritura.  
 Cum colunt Baalim, Baalim non liberat illos.  
 Barbara gens talis sibimet fuit exitialis.  
 Adorat menses, venturos nuntiat enses (vv. 8-16)  
 Caelestis dira super hos dimittitur ira (v. 22).

(en H. S. MARTÍNEZ, *El "Poema de Almería" y la épica románica*, pp. 24, 133 ss.).

moldo, y que se repite incesantemente tanto en las crónicas carolingias como en la poesía épica vulgar, es el de la naturaleza pérfida y traidora de los vascos, a los que él llama "vascos rabiosos".<sup>44</sup> Es, sin duda, un eco de la realidad histórica y de la ojeriza franca, causada por las innumerables

<sup>44</sup> El primer texto en que se los califica de pérfidos es la *Vita Caroli* de Einhard, al narrar la derrota de Roncesvalles: "...praeter quod in ipso Pyrenaei jugo *Wasconicam perfidiam*" (ed. L. HALPHEN, p. 28). El Astrónomo dice de ellos, en conexión con su sumisión por Guillermo de Tolosa: "qui Wasconum nationem, ut sunt *natura leves*" (*Vita Hludowici*, c. V). Y la *Guía de Peregrinos*, contenida en el *Codex Calixtinus*, cuyo autor estaba empapado de leyendas épicas y fue a su vez fuente de inspiración de muchas más, dice de los vascos: "Después se encuentra el país vasco ... Esta tierra es bárbara por su lengua, llena de bosques, montuosa, desolada de pan, vino y todo alimento del cuerpo, salvo el consuelo de las manzanas, la sidra y la leche ... Son feroces, y la tierra en que moran es feroz, silvestre y bárbara: la ferocidad de sus caras y de los gruñidos de su bárbara lengua aterrorizan el corazón de quienes los ven ... los impíos navarros y los vascos solían no sólo robar a los peregrinos que se dirigían a Santiago, sino también cabalgarlos como a asnos y matarlos ... Los navarros y los vascos son muy semejantes en cuanto a comidas, trajes y lengua ... Comen, beben y visten puercamente ... tanto el siervo como el señor, lo mismo la sierva que la señora, suelen comer todo el alimento mezclado al mismo tiempo en una cazuela, no con cuchara sino con las manos, y suelen beber por un solo vaso. Si los vieras comer los tomarías por perros o cerdos comiendo. Y si los oyeses hablar, te recordarían el ladrido de los perros, pues su lengua es completamente bárbara ... Éste es pueblo bárbaro, distinto de todos los demás en costumbres y modo de ser, colmado de maldades, oscuro de color, de aspecto inicuo, depravado, perverso, pérfido, desleal y falso, lujurioso, borracho, ducho en toda suerte de violencias, feroz y silvestre, malvado y réprobo, impío y áspero, cruel y pendenciero, falto de cualquier virtud y diestro en todos los vicios e iniquidades; parecido en maldad a los getas y sarracenos, y *enemigo de nuestro pueblo galo en todo*. Por sólo un dinero mata un navarro o un vasco, si puede, a un francés" (c. VII). La interminable diatriba continúa acusando a los vascos de los más nefandos crímenes sexuales, como el de bestialidad, etc.; pero la frase que hemos subrayado revela elocuentemente la causa de tanta inquina. Cuando este descontento turista del siglo XII escribía todo eso, no hacía más que seguir una vieja tradición literaria, de la que Ermoldo es uno de los primeros representantes.

derrotas sufridas, de las cuales Roncesvalles fue la primera y la más celebrada y que —según algunos estudiosos contemporáneos— habría tenido lugar no en el actual Roncesvalles, sino en los Pirineos catalanes, el mismo teatro de operaciones de Guillermo de Tolosa.

En la categoría de los gestos típicos de los personajes épicos, hallamos también algunos que aparecen por primera vez en la obra de Ermoldo. Así sucede, por ejemplo, cuando el emperador apoya la cabeza sobre el hombro de Guillermo en señal de familiaridad y asentimiento, mientras al mismo tiempo jura que marchará contra Barcelona como el fiel vasallo le ha aconsejado (vv. 206-207). Este gesto es muy semejante al de Marsilio cuando “tint Gue-nelun par l'espalle” (v. 647). Al igual que en la épica romance, algunos gestos son más comunes a los moros, como rasgarse las vestiduras y la cara, o la proverbial costumbre de lanzar desafíos, insultos y otras fanfarronadas desde lo alto de las murallas, etc. Otros son específicos de los francos, como el besarse, especialmente los pies del rey, levantar las manos y los ojos al cielo en determinadas circunstancias, etc. En Ermoldo hallamos también la semilla de las exageraciones tan típicas de la épica francesa: Ludovico lanza un dardo con tanta violencia, que se clava en la viva roca de las murallas de Barcelona, dejando a los moros aterrados; y Guillermo es tan intrépido, que amenaza al moro con comerse crudo su hermoso caballo antes que levantar el cerco; esta acción, como la anterior, también causará un inesperado espanto y terror entre los asediados.

No faltan tampoco los motivos puramente folklóricos, entre los cuales pudiera citarse el de ser descubierto por el enemigo a causa del relincho de su caballo. Pero, sobre todo, el poema es único por habernos presentado un detallado ritual del duelo a la manera goda, con sus jueces de campo, sus dos contrincantes, el rey y los espectadores; y todo esto en un contexto que lleva la mente del lector a las escenas del duelo con que terminan los poemas épicos romances, en especial, al final del *Poema de Mio Cid* y, aún más, al final del perdido *Cantar del cerco de Zamora*, que

es la descripción por excelencia de lo que era un duelo judicial en la épica. (Véase la *Primera Crónica General*, cc. 841-844). Pero sobre el duelo volveremos más adelante.

El poema de Ermoldo se acerca también a la poesía épica romance en el empleo de parecidas técnicas literarias. La poesía épica es esencialmente narrativa y, cuando posee una marcada propensión histórica, como sucede con Ermoldo y con la épica castellana, la única forma de distinguirla de la cronografía es la vivacidad y el dinamismo del estilo del autor. Ciertos poemas épicos primitivos, tanto en latín como en las lenguas vulgares, han sido tomados por crónicas rimadas por no haberse tenido presente este importantísimo aspecto de la poesía épica. Algo parecido ha sucedido, como vimos, con el poema de Ermoldo. Un estilo dinámico, manifestado principalmente en la habilidad para insertar en la narración el estilo directo, el diálogo constante entre los protagonistas, los discursos y parlamentos en las asambleas, etc., será uno de los elementos determinantes para clasificar un poema en crónica rimada o en auténtica creación artística, especialmente si tratamos de establecer un paralelismo entre poesía épica latina y poesía épica romance. Es por este motivo, entre otros, por el que creo que el poema de Ermoldo es algo más que una crónica rimada, pues una buena parte de él no es otra cosa que un tejido de diálogos y discursos puestos en boca de sus protagonistas. De tal manera que a veces pasa por la mente del lector la idea de si el poema fue una composición muerta y abandonada en el fondo de un archivo o, por el contrario, fue destinada, al menos en la mente de su autor, a la recitación juglaresca o mímica. El *verbum dicendi* (*Ticio dijo . . . Cayo respondió*), puesto de relieve por todos los estudiosos del *Cantar de Mio Cid*, y que Dámaso Alonso califica como la nota más conspicua del discurso directo,<sup>45</sup> también lo hallamos repetidamente en el poema épico de Ermoldo.

<sup>45</sup> "El anuncio del estilo directo en el *Poema de Mio Cid* y en la épica francesa", en *Mélanges R. Lejeune*, vol. I, Gembloux, 1969, pp. 379-393.

Las descripciones forman una parte importantísima de las técnicas empleadas en la poesía épica romance. El tema es vastísimo, por abarcar tanto la persona del héroe,<sup>46</sup> su indumentaria, armas y caballo, como la descripción del campo de batalla, la batalla misma y la infinita cantidad de detalles y circunstancias de la carrera de los protagonistas. Sin descender a ejemplos de cada uno de estos casos, deseo llamar la atención tan sólo sobre uno de los *topos* narrativos más interesantes de la épica en las dos lenguas; me refiero al amanecer épico. En Ermoldo hay varios ejemplos; por su belleza, merece citarse aquí el de los versos 318-320, de que hablamos más arriba: "Tan pronto como la resplandeciente Aurora despierta sobre el campamento, los condes se dirigen a la tienda del rey para celebrar otra asamblea. Se sientan sobre la hierba, cada uno según su rango, y escuchan con atención las palabras de su señor". No es necesario compulsar textos romances para ver el gran parecido que estas palabras tienen con innumerables pasajes de la épica francesa y de la castellana.

Concluyamos, pues, esta parte del estudio, indicando que tampoco faltan expresiones tan íntimamente relacionadas con la épica vulgar como "Vertitque cavallum" (v. 480), o el interrogativo retórico "Quid facerent?" (v. 556). Pero, acaso, donde Ermoldo sienta un precedente de incalculables consecuencias para la temática y la estructura de los cantares de gesta, es en la descripción del duelo entre Bero y Sanilo. El episodio de la conquista de Barcelona se cierra temáticamente al final del libro tercero con el duelo judicial entre ambos caballeros. Todo este libro es de una importancia capital para el estudio de temas y personajes que tendrán un tratamiento del todo semejante en la épica románica posterior.

<sup>46</sup> Es digno de notarse aquí, a manera de ejemplo, el detalle descriptivo de la barba del emperador: "Florida canities lactea colla promit" (v. 665), que hace de Ermoldo, una vez más, el punto de enlace de la épica clásica con la vulgar. Virgilio, al describir a los galos, usa la imagen: "lactea colla" (*Eneida*, VII, 660), que el poeta de la *Chanson de Roland* amplía: "Blanche ad la barbe e tut flurit le chef" (v. 117).

El relato del duelo entre Bero y Sanilo está puesto como digresión al tema de la expedición de Ludovico contra los britanos, y no al final del libro primero, donde estructuralmente debería ir, si queremos verlo como parte integrante del tema de la conquista de Barcelona. Se podrá, por lo tanto, discutir sobre las intenciones del poeta de cerrar el tema de la conquista de Barcelona con el juicio y el castigo del traidor, como se hará más tarde en las canciones épicas de la Romania; sin embargo, el hecho mismo de que el poeta vuelva sobre el tema, aunque sea mil versos más allá, con la esmerada y única descripción del duelo, sienta un precedente que no podrá ser pasado por alto en ningún estudio imparcial sobre el origen temático del castigo final del traidor en la épica romance. He aquí la traducción de tan importante pasaje:

Era antigua costumbre de los francos, y todavía se mantiene en vigor entre ellos y se mantendrá mientras dure el honor y la gloria de esta nación, que si un súbdito era infiel al rey, fuere por causa de dinero o por engaño, levantándose contra él, contra su familia, o contra sus representantes, violando así un juramento prestado, entonces, si otro ciudadano se presentaba ante el rey para denunciar el delito, ambos tenían que batirse en una lucha feroz ante la presencia del mismo rey, del pueblo franco y de toda la nobleza: la entera Francia aborrece semejante crimen.

Ahora bien, hubo un cierto Bero, rico y poderoso, a quien Carlos había encomendado la custodia de Barcelona y que había ejercido este cargo durante muchos años,<sup>47</sup> hasta que un

<sup>47</sup> Ermoldo, que al terminar el relato de la conquista de Barcelona dejó dicho de una manera genérica que el rey Ludovico había dejado "una guarnición", sin especificar quién era el encargado, nos dice ahora que Bero había recibido el mandato del mismo Carlos, noticia que, una vez más, está en contraste con las demás fuentes. El Astrónomo dice claramente que el rey Ludovico dejó el mando de la ciudad al conde Bero y a sus godos (v. XIII). En cuanto a la fecha del duelo, nuestro poeta lo sitúa en enero del 820; por donde podemos pensar, guiados por el Astrónomo, que Bero había gobernado la ciudad unos diecinueve años. Sus buenas relaciones con Carlo magno duraron, por lo menos, hasta el 811, cuando asistió

día cierto individuo, godo también como Bero, al que en su patria llamaban Sanilo,<sup>48</sup> se presentó ante el rey [Carlomagno], el pueblo y los nobles, profiriendo nefandas acusaciones contra Bero. Éste las negó rotundamente. Ambos se postran ante el rey al mismo tiempo y le piden que les permita defender sus palabras con las armas. El primero que tomó la palabra fue Bero: "Oh César, yo apelo a tu bondad para que me sea permitido responder a esta infamia, y te pido al mismo tiempo que me concedas luchar a la manera nuestra: a caballo y con mis propias armas". Una y otra vez insiste en su demanda. El César le responde: "A los francos toca decidir el asunto; así lo exige una antiquísima tradición, el derecho y la justicia. Yo me remito a su veredicto".<sup>49</sup>

Una vez que los francos expresaron su parecer, según antigua costumbre, los contrincantes preparan las armas ansiosos de lanzarse al combate. El César, por amor de Dios, les dirige unas cuantas palabras, en las cuales, llevado de su bondad, les promete: "Si uno de los dos se cree responsable del delito y espontáneamente lo confiesa, yo, por amor de Dios, le per-

a la lectura del testamento del Emperador y lo firmó junto con otros condes, obispos y abades (cf. EINHARD, *Vita Caroli*, c. 33), pero parece que, a la muerte de Carlomagno, las relaciones con Ludovico Pío no fueron tan amistosas (cf. texto de la nota siguiente), a pesar de que Bero le hubiese ayudado activamente en la campaña de Barcelona (v. 309), y más tarde, en los años 809 y 810, en las de Tortosa (ASTRÓNOMO, pp. 613-614).

<sup>48</sup> La única fuente contemporánea en que aparece Sanilo es la *Vita Hludowici* del Astrónomo, el cual habla de él en dos ocasiones. La primera, en el 820, precisamente al narrar el duelo: "In quo placito Bera comes Barcinonensis, cum impeteretur a quodam, vocabulo Sanila, et infidelitatis argueretur, cum eodem secundum legem propriam —utpote quia uterque Gothus erat equestri proelio— congressus est, et victus. Sed cum lege in eum animadvertendum esset, ut capitali sententia tamquam reus maiestatis feriretur, imperatoris tamen clementia vitae reservatus est, et Rotomagum consistere iussus" (c. XXXIII). Del texto, como de los versos de Ermoldo, parece desprenderse que Sanilo no era su nombre real, sino más bien un apodo: "vulgarmente llamado Sanilo". La segunda referencia a Sanilo la hace el Astrónomo al hablar de la sublevación de ciertos condes en la época de Lotario (vide más adelante, nota 51).

<sup>49</sup> A Ermoldo se le olvidó relatar el contenido del discurso de Sanilo.



donaré su error. Creedme, os conviene más seguir mis consejos que no entablar tan cruel combate". Ellos, sin embargo, repetidamente le imploran: "¡Queremos la lucha! ¡Que se prepare la pelea!". El prudente emperador, entonces, les manda que se ajusten rigurosamente a las órdenes de los francos; y ellos, sin tardanza, le obedecen.

Hay un lugar insigne, junto al famoso palacio imperial de Aix, cercado de sólidas murallas de piedra, adornado de árboles y donde crece hierba verde y fresca. Un riachuelo de aguas tranquilas lo atraviesa, y una gran cantidad de pájaros y bestias lo pueblan. Cuando place al rey, se dirige a este lugar acompañado de un grupo de íntimos para entretenerse cazando. Allí asaetea a los grandes ciervos de monumental cornamenta; allí atrapa al ganso y a la cabra salvaje y, cuando en invierno la helada endurece la tierra, allí persigue las aves con el halcón.<sup>50</sup> Es a este lugar adonde, temblorosos, se dirigen ahora Bero y Sanilo. Cabalgan altas monturas y llevan a la espalda un escudo y en las manos unos venablos. Esperan la señal del emperador para empezar el combate. Detrás de ellos marchan, según orden imperial, una tropa de guerreros, armados también de sus escudos: su misión es la de salvar al herido de muerte en caso de que el rival le hiera con la espada. Tras éstos va también Gundold, quien, como de costumbre, es el encargado de llevar un féretro.

De lo alto del trono del emperador llega la orden de empezar. Inmediatamente da inicio un combate nuevo, hasta entonces jamás visto por los francos, pues se lucha a la manera de los contrincantes. Ambos empiezan a arrojarse los venablos, y después desenvainan la espada; vigorosamente pelean sin resultado. Entonces Bero espolea a su caballo, haciéndolo girar sobre sí mismo, para lanzarlo después en desbocada fuga a lo largo de la gran llanura. El otro le persigue con las bridas caladas y, cuando le alcanza, empuñando la espada, le hiere. Bero se declara culpable. Jóvenes robustos se precipitan, según las órdenes del rey, sobre el herido Bero para salvarle de la muerte. Gundold, sorprendido, ordena que el vacío féretro sea repuesto en su lugar. El César hizo gracia al vencido,

<sup>50</sup> Una descripción de este famoso parque la hallamos también en una composición de ANGILBERTO, *Karolus Magnus et Leo Papa* (cf. *M. G. H., Poetae Latini Aevi Carolini*, vol. I, p. 369).

perdonándole la vida, y, compadeciéndose de él, le otorgó la posesión de sus bienes (vv. 1796-1871).<sup>51</sup>

Ermoldo no es, desde luego, el creador del tema del duelo; su origen remonta, por lo menos, al siglo vi. El P. Berganza, al tratar de explicar el título de *Campeador* con el que la posteridad designó al mayor héroe castellano, dice: "Fue intitulado Campeador, ó por averle el Rey dado el título de Juez en las lides canpales; ó porque tuvo nombramiento, para que saliesse al Campo á pelear en las de la persona Real..." (*Antiguedades*, L. v, c. 10, p. 399). El historiador benedictino llega a esta conclusión después de habernos dicho que, según Mabillon, habría sido Gunchramo, rey de Borgoña que murió el año 593, el primero que introdujo estos desafíos campales: "Quando los Reyes, y los Juezes no podían averiguar con escrituras, o testigos, la verdad de las causas, y pleytos, determinaban, que se averiguasse con la ley de el duelo; de modo, que el acusador y el acusado, salían al campo con armas a pelear, y el vencido se juzgaba por condenado. Avia sitio señalado para estas funciones: estaba cercado de tapias y se llamaba el

<sup>51</sup> Con la derrota de Bero y su destierro a Rouen (hacia el 820), acaba la historia conocida del adelantado de Barcelona. Sabemos que tuvo un hijo llamado Guillermo (*Willmundus*), quien, por lo visto, siguió los pasos del padre. En el año 827 se federó con los sarracenos traicionando a los francos (*ASTRÓNOMO*, p. 630). Por lo que se refiere a su rival, Sanilo, Ermoldo no vuelve a mencionarlo en su poema; pero el Astrónomo habla de un cierto Sanilo, al que probablemente hay que identificar con el acusador de Bero, en conexión con las sublevaciones de algunos condes en tiempos de Lotario. Éste, en el 834, mandó decapitar a varios de ellos, entre los que figuraban "Gotselmus comes, itemque Sanila comes" (p. 639). El primero de éstos, Gotselmus, era hermano de Bernardo de Septimania y, por tanto, hijo de Guillermo, el héroe de Barcelona (pp. 637 y 639); el segundo es, con toda probabilidad, el protagonista del duelo contra Bero. En esta misma ocasión, sigue el Astrónomo, fue ahogada la maga Gerberga, hija de cierto conde Guillermo (¿el hijo de Bero?), por su complicidad en soliviantar a los rebeldes. Así es que Sanilo, el gran defensor del honor de Ludovico, también acabó sus días, al parecer, como traidor y acaso junto a uno de los descendientes de Bero, la mencionada bruja. ¡Azares del destino!

Campo" (p. 398). Estos detalles, como se habrá notado, encajan perfectamente con los que proporciona Ermoldo y, acaso, el hecho de coincidir el poema latino y la *Chanson de Roland* en el lugar del duelo, no sea rara casualidad ni siquiera dependencia literaria, porque ése fuera realmente el "Campo" en que se llevaban a cabo los duelos judiciales entre el pueblo franco. El primer párrafo con que Ermoldo abre su tema tiene el sabor de algo muy conocido y tradicional. Berganza, después de haber descrito minuciosamente cómo se hacía el duelo, concluye diciendo: "Pedro Diacono en la Historia de Casino intitulò à Bruno, Ministro del Emperador Lotario, Campidoctor" (*ib*); por ende —concluye el P. Berganza— Campidoctor "era lo mismo que Campiductor; esto es Maestro, o Capitan del Campo" (p. 399). Convendrá añadir que la primera literatura cidiana, el *Carmen Campidoctoris* y la *Historia Roderici*, nos presenta al Cid, no tanto como debelador de moros, sino como vencedor de luchas o duelos campales, de donde, con toda probabilidad, le vino el conocido título de *Campeador* por antonomasia. Esta gran virtud cidiana habría tenido, pues, su precursor en Sanilo, defensor del honor real contra el traidor Bero.

Si Ermoldo no es el creador del tema del duelo judicial, sí es, por lo menos, el primer poeta conocido que lo relaciona con el castigo infligido a un héroe épico por haber traicionado la voluntad de su señor. El tema, como se habrá podido advertir, está tratado, desde el punto de vista de las artes poéticas, con todas las características de la poesía del tiempo; si bien el deseo de acoplarlas todas en un asunto en que no todas tenían cabida, produce esa poesía artificiosa y, en determinados momentos, hasta desagradable a causa de las tonalidades estridentes. El contraste entre la descripción del *locus amoenus* y la procesión de jóvenes mancebos, cargados con el ataúd vacío, es demasiado violento.

Sin embargo, no cabe duda de que el episodio entero tiene mucho de las canciones épicas que se cierran con el duelo judicial y el castigo del traidor; recuérdense el epi-

sodio de Ganelon en la *Chanson de Roland* y el de los infantes de Carrión en el *Poema de Mio Cid*.<sup>52</sup> Como en la *Chanson*, también en el poema latino el rey deja la decisión al arbitrio de la asamblea; y también como en éste, Pinabel y Tierri “demandent lur chevals e lur armes” (v. 3857). Por extraño que parezca —como antes insinuamos— el duelo se llevó a cabo en el mismo sitio que el de Bero y Sanilo: “dedesuz Ais est la pree mult large” (v. 3873); Ermoldo dice con mucha mayor ampulosidad: “Est locus insignis, regali proximus aulae, . . . quae vocitatur Aquis . . . quo viret herba recens” (vv. 1836-1839).<sup>53</sup> El desenlace del duelo, sin embargo, tiene aspectos distintos que corresponden a la diversa finalidad que los dos poetas se proponen: la exaltación de la bondad y misericordia en Ludovico Pío (“O pietas inmensa nimis”, v. 1872) y el triunfo de la justicia en Carlomagno (“El Deus, dist Carles, le dreit en esclargiez!”, v. 3891).

Sin pretender demostrar que el duelo de Bero y Sanilo es el modelo del de la *Chanson de Roland* —cosa que ha sido ya repetidamente intentada<sup>54</sup>— o de cualquier otra *chanson*, de la lectura del poema latino se desprende algo más evidente y de mayores consecuencias para el estudio de los orígenes de la épica románica, y es que ésta se sirvió tanto de los temas como de las técnicas empleadas por los poetas épicos latinos. La poesía épica vulgar no nació de la nada, ni de un misterioso soplo divino, sino que tuvo

<sup>52</sup> Sobre este tema véase el estudio de E. VON RICHTHOFEN, “Notas sobre temas épico-medievales”, *Boletín de Filología*, XI (1959), pp. 337-354; ahora también en *Nuevos estudios épicos medievales*, pp. 68-91 y, especialmente, pp. 80-83.

<sup>53</sup> La tirada 280 de la *Chanson* tiene un parecido excepcional, a veces hasta en los detalles y expresiones, con los versos 1858-1865.

<sup>54</sup> Véanse los estudios de G. CHIRI, *L'epica latina medioevale e la 'Chanson de Roland'*, Genova, 1936, *passim*; R. M. RUGGIERI, *Il processo di Gano nella 'Chanson de Roland'*, Firenze, 1936; E. VON RICHTHOFEN, *Veltro und Diana: Dantes mittelalterliche und antike Gleichnisse*, Tübingen, 1956, pp. 11-23; *Estudios épicos medievales*, Madrid, 1954, pp. 246 ss.; *Tradicionalismo épico-novelesco*, Barcelona, 1972, p. 24.

sus precursores en la épica latina; entre éstos cabe asignar un lugar de primera fila a Ermoldo, por haber sido el primero que trató temas que más tarde se convertirían en motivos centrales de las canciones de gesta.

H. SALVADOR MARTÍNEZ

New York University.